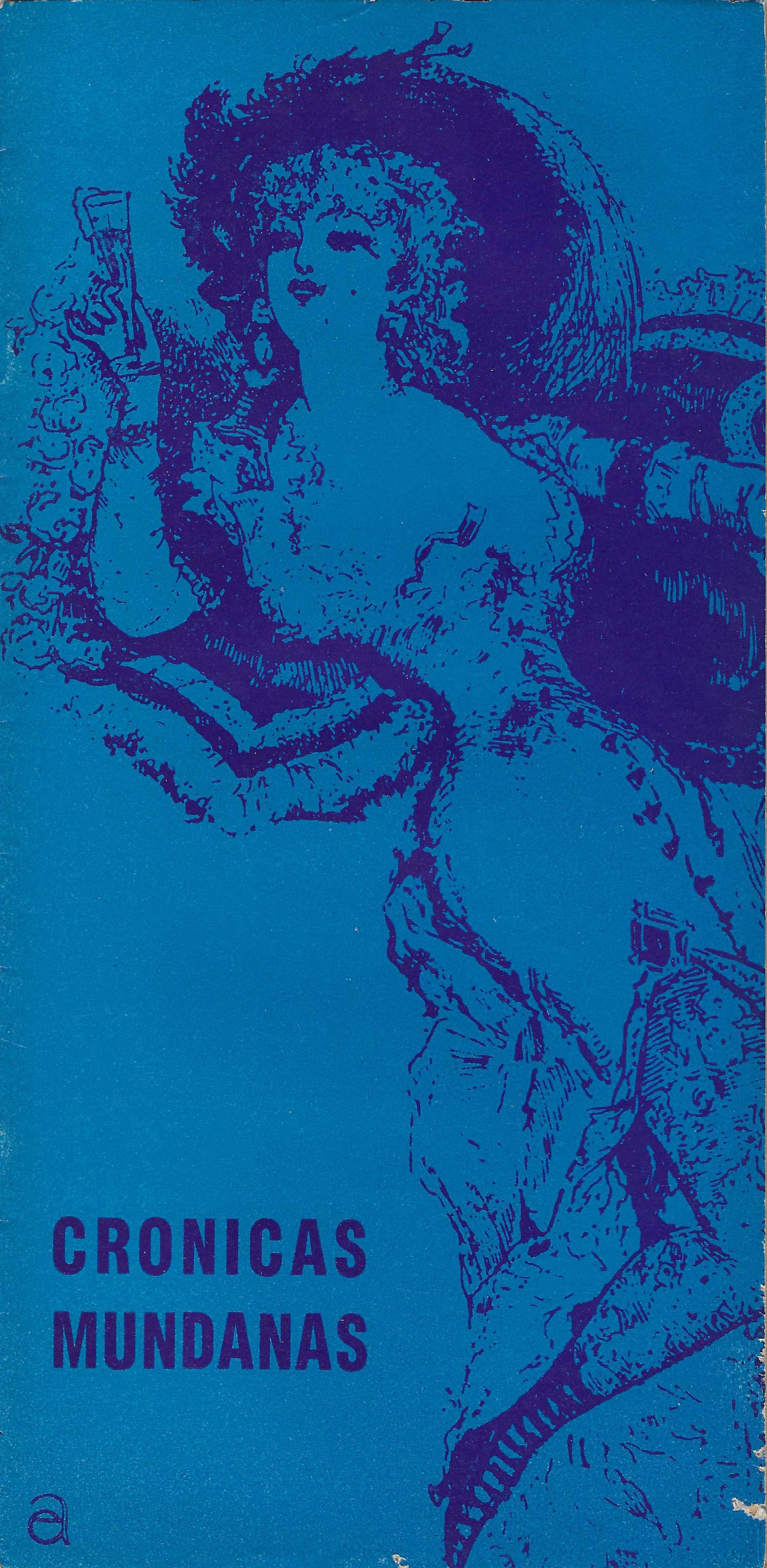


CRONICAS MUNDANAS

CRONICAS MUNDANAS

DIAZ - BLIXEN - DE LAS CARRERAS - TORRES - AGUSTINI

Teófilo E. Díaz ("TAX")

En los campos incultos

NO se escribe lo mismo en presencia de Sarah Bernhardt, ante la influencia de su chisporroteo artístico y sus iluminaciones de luciérnaga inquieta en las sombras de nuestros sueños agitados durante su temporada del 25 de Agosto, que poseídos de la emoción melancólica que ha producido su alejamiento de Montevideo, en cuyas costas del Norte, el ruido de las olas y sus blancas espumas, deshechas en las rocas y paredones, imitaban sarcásticamente nuestros anhelos vehementes, pero inútiles.

Todos los admiradores de Sarah, graves a su alrededor, acariciaban en secreto la idea de un rapto, como medio de obligarla a constituir aquí lo que en París es su *confort* y su civilización artística; y si tal empresa podía considerarse locura, Sarah, ejercitada en esa clarovidencia que le era peculiar, penetró el sentimiento íntimo, aunque absurdo, de su cortejo, y al contemplar su nombre en espléndida bandera al tope del *Emperador*, adornado con flores y tules, cruzó por su mente una idea diabólica, rehusándose repentinamente a aceptar los ofrecimientos (que no habían sido objeto de anterior convenio), pensando que todo aquel aparato podría ser un presente griego para embicarla en el *Banco Inglés* o en las *Restingas del Pájaro.*

—Es Monsieur Lussich, es el autor de los "Naufragios célebres", el capital del *bateau.*

—*Assez d'Empereur avec* Monsieur Decori *dans Théodora. J'aime mieux l'«Uruguay»: c'est plus républicain. Monsieur Tax, pas d'Empereur, pas d'Empereur: c'est le bateau l'«Uruguay» qu'il m'en faut.*

La comitiva del Empereur, acostumbrada a grandes emociones, no se perturbó por este acto genial de Sarah, y dirigiendo sus miradas a una distinguida parisiense, *Madame Ulmann,* que interesaba vivamente por su tipo característico de la más refinada cultura social, proclamó para ocupar el sitio de reina a aquella señora, sorprendida en su *nonchalance* y erigida inesperadamente en Emperatriz del barco.

Sarah Bernhardt llegó en el vaporcito Uruguay a toda fuerza, bien pronto, al costado del *Portugal,* y como tardaran en prepararle el pasaje de la borda del *petit bateau* al portalón del coloso, dando vuelta su faz hacia nuestra costa poética con sus brumas primaverales y sus gaviotas mendigas de los buques, exclamó:

—*Moins je suis dans le bateau, plus je suis hereuse.*

La bahía estaba serena, encantadora, con una franja de venturina en el horizonte, todo digno del pincel de Enrique Estrázulas o de Manolo Larravide.

Si las gaviotas tuvieran el mérito de *les sarcelles*, no estarían ahí concurriendo el panorama con su blanco plumaje y sus patitas eléctricas, salpicando la espuma o la onda azul: todas hubieran desaparecido por chumbos de *Tax*... ¡Oh, qué placer, si se pudiera volver *aux champs incultes!*

Sarah a cada instante decía una frase digna de atención y de exquisita galantería, sin afectación, sin malignidad.

Sus genialidades suelen perjudicarla, porque los resentidos la calumnian, no conociendo que esa ambición de conocer y tratar a Sarah Bernhardt, no puede realizarse con la misma facilidad que ofrecen ciertas estrellas de falso cielo, que necesitan de la benevolencia de todos, conseguida con adulaciones anunciadas con matraca.

Sarah Bernhardt no podría, como ser humano, vivir y descansar, si permitiera a su lado las manifestaciones espontáneas de la admiración de arte y *del sentimiento más común de la humanidad.*

—*C'est sur qu'elle étoufferait.*

Las personas de buen criterio deben encontrar bien natural que Sarah reglamente su hotel y su *loge*, como el Papa su Vaticano, y aún con más rigor.

El rubí del Papa se besa en determinados días.

Sarah no permitiría debilidades o misticismos —y haría perfectamente bien— sobre sus piedras preciosas.

—La crónica de Ud. es también, como el vaso de Sèvres, artículo de París.

—Madame: no tengo vanidad de escritor; pero el aplauso de Ud. me autoriza a tenerla. Mi vanidad hasta hoy es bien modesta: —*Mon chien de chasse, très aristocratique parce qu'il mord aux créanciers, parce qu'il caresse les personnes distinguées el démontre son orgueil comme premier prix dans un concours à Rome des plus fins ennemis des perdreaux.*

—*Monsieur Tax, j'ai accepté la fleur cueillie dans les champs incultes; mais je désire très-formellement connaître ces champs; et il faut me conduire à la chasse de chevreuils.*

—*Este-ce que vous avez des armes?*

—*Mais oui! J'ai mon Éclair à 800 mètres.*

Todos los esfuerzos de *Tax* fueron inútiles para organizar un paseo campestre en cierta forma de comodidad, cambiando el número del programa: *chevreuils* por una buena *cave* en Toledo, un *château* —*château* Federico Vidiella— con todos los accesorios gratos y unas 700 hectáreas de buen pasto para caminar al oxígeno y voltear una veinte perdices durante diez horas de esfuerzo, con un mestizo de *pointer* y *galgo de Milán.*

Sarah Bernhardt ambicionaba caza mayor, y ya puesta en ese temperamento, era difícil impedir su propósito.

—*Il m'en faut des chevreuils, ou des chats- tigres.*

Messieurs Decori, Angeli, Darmont, Deval, Tarenne, habían comprendido que era necesario complacer a la famosa estrella.

Tax se acordó de su gato de Minas, diciéndole con cierta tristeza:

—Yo tengo un gato espléndido en Cebollatí; pero no hay tiempo de traerlo.

Sarah, en conocimiento de la propiedad felina montés de *Tax*, quiso mandar en tren expreso a Minas a Monsieur Decori, acompa-

ñado de un baqueano de los campos incultos, para conseguir el gato; y su exaltación era tanta, que pretendía organizar una expedición sin tardanza, *sur-le-champ.*

—*Monsieur Decori, partez, faites... deux chevaux à l'instant... deux juments!... Oh mon Dieu!*

Tax tomó la cuestión con calma, y notando que no era posible demostrar la inutilidad de la expedición ante la proximidad de la partida, se propuso hacer girar el tema sobre un eje *d'esprit,* e interesando la atención de la señora Sarah, presentó la siguiente adivinanza:

—¿Cómo podría colocarse *un chat* en la cabeza de cualquiera, y presentarse en Londres sin que ninguno lo advirtiera?

—*Dites, dites, Monsieur Tax. Je veux le savoir.*

—*Très-facilement. Il suffit de quiter le C au chat et vous obtiendrez un Hat* (sombrero), *et alors les anglais resteront comme toujours sérieux.*

Madame Sarah Bernhardt —continuó *Tax*— si hay dificultades para realizar la combinación del *Hat,* existen mayores para obtener el *chat-tigre* de Minas antes de la salida del *Portugal.*

La idea sobre adquisición del gato quedó completamente disipada, y la expedición *aux chevreuils,* definitivamente pactada, con supresión de toda persona que no fuera devota a San Humberto.

Los amigos de *Tax,* al bombo.

Tax quiso eliminarse; pero la señora Sarah dijo:

—*Monsieur Tax, silence! Vous ne pouvez pas manquer: il nous faut un premier machiniste.*

—*Très-bien; j'accepte, si vos charbonnières pleines de talent et de grace, sont en disponibilité.*

Sarah Bernhardt había hecho preparar el *panier,* —modesta clasificación a cinco grandes cajas de *Champagne Roederer, Pâté de foie gras, Abacaxis, Dindes truffées, Liqueurs.*

Tax, en menor escala, llevaba su *panier* de *Johannisberg* —ese vino rubio del color de sus cabellos— *Moet et Chandon, et cigares de la "Prominencia".*

A las 2 de la mañana el tren expreso cortaba la escarcha, anunciando con ráfagas de vapor y el estrépito desigual del pito, la proximidad del peligro a las soñolientas ovejas, acostumbradas a reposar en el *balastro* de las curvas.

El Rhin era exquisito, el Champagne estimulaba la espiritualidad.

La cena en el expreso fue interesante.

Los brindis, breves y expresivos.

Sarah Bernhardt hizo un justo elogio a nuestras mujeres.

Tax brindó al talento y al corazón de la Francia.

Madame Marcelle Deval dijo con inmortal estilo un verso de Musset:

Nous écoutions la nuit, etc.

Tres *breaks* preparados a nuestro estilo criollo, esperaban a la comitiva en la estación "Florida", con buenos fletes y muchachos-cocheros, diestros en los pasos de los arroyos crecidos y en los repechos y bajadas.

—*En route!*

—*Est-ce que vous désirez connaître Monsieur le Préfet?*

—*Non, Monsieur Tax, pas de Préfet, pas de Police; nous sommes bien préparés pour résister tout seuls aux bandits.*

Todo el mundo de botas granaderas.

Sarah Bernhardt, con un traje riquísimo color marrón, botas altas de charol, un peto celeste apenas perceptible, un sombrero blanco, gacho, sujeto por largo alfiler, de punta de turquesas, y su Wínchester *Eclair* a 800 metros.

Tenía el aire del estudiante Pereda en *La Forza del Destino.*

Son Pereda, son rico d'onore.

La impresión más culminante fue la entrada de los *breaks* al paso crecido del arroyo Santa Lucía.

—*Une photographie... c'est ravissant!*

Un *pecho-colorado* sobre una matita de gramilla, produjo la primera conmoción a los cazadores intérpretes de Dumas y Sardou.

—*Arrêtez!... arrêtez!...*

Los cocheros no entendían la voz de mando. Siguieron al trote, y espantaron el pájaro.

No tardó en presentarse otro ejemplar ornitológico, luciendo el pecho rojo entre las espinas de unos cardos.

—Estos *pecho-colorados* andan endemoniados con las escriciones de votos y las cédulas de vecindad, —dijo uno de los cocheros. —¡Ahí lo tienen a tiro!

Y un tropel de tiradores con escopetas Greener, otros con rifles, pálidos y nerviosos, hicieron una descarga cerrada al pobre rojo y le destrozaron hasta el punto de no conocerse el color de la pluma.

Este accidente motivó una oportuna reglamentación.

Se votó por aclamación que la señora Sarah indicase el turno de cada cazador.

—*Tax! Tax! Tax! deux grands oiseaux dans le lac... à vous!...*

—*Deux canards, Madame... silence!...*

Los patos estaban cerca uno de otro, en la sombra de una barranquita al borde del agua; sus cabecitas redondas, de picos chatos, atentas a los movimientos de la comitiva, indicaban que estaban alerta, y se mecían sobre sus nadaderas de cabritilla gruesa, buscando seguro apoyo para desplegar sus alas de azul tornasol con ribetes marrón, y lucir en la altura sus pechos impermeables con pintitas blancas.

Duc se arrastraba como una anguila, interpretando los movimientos de *Tax* al aproximarse al tajamar sigilosamente.

¡Pum!... a 40 metros.

¡Pum!... a 55 metros.

Los patos lucieron sus colores un momento, se despidieron del sol abriendo en el aire sus picos anchos, y cayeron en revoloteos a satisfacer las ansias de *Duc,* que trajo, por turno, a los pies de su señor, dos espléndidos *sarcelles,* ofrecidos en el acto a la adorable reina.

—*Bravo!... bravo!...*

Una bandada de *pecho-amarillos* por un lado, con sus gritos que parecen de auxilio en un momento muy desesperado; a otro lado algunos *rojos* dispersos con su estridente criik-criik; en los alambrados una bandada de torcazas; en la cuchilla unos teruteros auteros.

Sarah, recibiendo en su coche una cantidad enorme de pájaros y palomas, que formaban un conjunto muy vistoso, era tan feliz como Diana en sus espléndidos días al pie de la montaña.

La naturaleza prestó concurso incondicional a aquel día de descanso para Sarah, ávida, naturalmente, de sacudirse el polvo de las bambalinas y máquinas del Solís, y restaurar su fisiología traqueada por las emociones de la gloria, aspirando el oxígeno puro de campos incultos, verdes, frescos y placenteros.

Sarah Bernhardt anhelaba aproximarse a los *chevreuils.*

Los *breaks* iban ya próximos a la estancia de don Marcelino Urioste, de sabor clásico oriental.

La comitiva llamó la atención desde lejos, y don Marcelino ya supuso que se trataba de visitantes para su estancia.

—Nuestro objeto, señor, es entrar al campo y encontrar venados, aunque no tengamos que comer en todo el día.

El propietario quería ser amable y no se animaba.

Se encontraba en una situación difícil, rodeado de tanto cazador, y sobre todo de Sarah Bernhardt y Marcelle Deval, cuyos trajes de hombre no les privaba de la gracia y seducción de su sexo.

El disfraz de aquéllas no era para don Marcelino, ni para nadie, capaz de hacer confundir un sexo con otro.

Esos trajes de caza son coquetos y estudiadamente seductores, a diferencia del traje de Don Juan al entrar al serrallo disfrazado de mujer.

Nadie hubiera dicho que Don Juan no era una legítima moza, la noche de su encierro en el serrallo, y si bien las turcas se mostraron demasiado empeñosas en ofrecer su lecho a la recién llegada, debe suponerse que fue por pura amabilidad y no por el instinto del sexo que conoce al otro por su característico perfume.

Don Marcelino, hombre viejo, asimismo tuvo su *desconfianza* sobre las *cazadoras;* pero en cuanto las *olfateó de cerca,* hubiera querido convertir a Madame Deval, por lo menos en la inocente *Doudou,* para hacerla soñar con la manzana de oro de cuyo centro salió el áspid autor del grito que despertó en sobresalto a sus compañeras envidiosas.

El propietario, repuesto de su emoción, se acomodó el gacho, se rascó la oreja e hizo una mueca que no pasó inadvertida para Sarah y que se comentó más tarde.

La mueca del *gourmet* leyendo un *menu* de encargo para otra mesa, *chez Charpentier.*

Don Marcelino habló finalmente, y mandó un peón para que indicara a la expedición el sitio de los venados.

Eran las diez cuando aparecieron los *chevreuils* a distancia de quince cuadras.

Silence!... silence!... les voilà... Monsieur Decori, mettez six balles.

Los tiradores fueron colocados por Sarah en guerrilla, tomando una extensión de cinco cuadras.

Los venados estaban a ocho, alejándose despacio.

—*Faites feu!* —gritó Sarah.

Y una tormenta de balas se desencadenó sobre los pobres venados, que huyeron despavoridos e ilesos hasta saltar los alambrados, y para no reaparecer, quién sabe en cuánto tiempo, en el mismo potrero.

—*Je ne suis pas contente.*

—Es necesario corregir el método. Tres tiradores solamente deben desprenderse del grupo, y el resto quieto: que sea el tribunal de honor que decida del mérito de los blancos.

—*D'accord.*

Sarah, Marcelle, Tax, formaron la vanguardia de un nuevo reconocimiento.

El resto del grupo quedó compacto y quieto en unas rocas, que parecían apiñadas por la escoba de un gigante sobre una colina verdosa y fresca de agua de sus manantiales.

Tres venados surgieron de una cañada de leve murmullo, y estiraron sus pescuezos color *racahout des arabes.*

Sarah arregló su mira a 800 metros y tiró nerviosa.

El venado recibió tierra en su barriga blanca y se *espaturró.* La bala pegó cerquita.

—*A moi!* —dijo *Tax.*

—*Non, non, non; laissez-moi tirer: il faut que je tire.*

—*Vous êtes nerveuse... Pardon!*

Y *Tax* apuntaba a una venada con su Martiny.

—*Ne m'agacez pas, Monsieur Tax: coquin que vous êtes!*

El tiro de *Tax* fue certero. La venada cayó como herida por el rayo. La bala le atravesó el cráneo.

—*Infâme!... mais le coup a été admirable!*

—*Vous me querellez, Madame. Est-ce que vous croyez que vous êtes seule Sarah Bernhardt?... Moi aussi je suis Sarah Bernhardt au sujet des nerfs.*

—*Mais, Monsieur Tax, c'est tout fini; allons voir le fameux chevreuil... vous tirez admirablement!!!*

A poco rato, apareció atónito un aveztruz macho, espléndido de pluma.

—*Voilà l'autruche; préparez votre hausse a 800 mètres.*

—*Pum!*

Une balle ravissante de Madame Sarah Bernhardt se alojó en el tronco del cuello, ya amortajado por su propia pluma, del bizarro zancudo.

El tribunal de honor, que contemplaba mudo las escenas, se precipitó en seguida desde la colina verdosa, proclamando a los tiradores.

Número 1, Sarah Bernhardt.

Número 2, *Tax.*

—*Et vous, Madame Marcelle?*

—*J'ai oublié mes cartouches.*

—*Oh! Madame, vous blessez toujours sans armes.*

—Doctor *Tax:* manda decir don Marcelino que los asados con cuero van a estar prontos y que les avise a los franceses para que no tarden, porque se pueden pasar.

—A las dos estaremos allí.

Y arrancó el peoncito, montado en un overo de día de fiesta, a todo galope hacia la estancia.

Los cazadores iban llegando al llamado de Sarah Bernhardt, porque es agradable obedecerla.

La comitiva tomó su asiento respectivo en los *breaks,* y don Marcelino, mirando su reloj, dio muestras de satisfacción, notando la exactitud de los franceses.

Los expedicionarios invadieron la casa, ávidos de azotar la cara y las sienes con agua fresca.

Depuestas las armas, fueron reemplazadas por jabones *Lubin, Eau de Cologne, Héliotrope Blanc.*

Los cazadores, alegres y espirituales como legítimos parisienses, se reían y contaban sus episodios.

Tax cantó en francés la serenata de *Faust,* mientras las *cazadoras,* encerradas en su *toilette,* refrescaban sus coqueterías y sus trajes.

Vous qui faites l'endormie,
N'entendez-vous pas...

—Vamos a ver los asados —dijo don Marcelino—; mire doctor: hace diez años que no veo *francesas*... y éstas son superiores; dígale a la *Sarah* que he leído lo que le dicen en La Razón, y que le he carneado la mejor vaquillona del rodeo.

La impresión producida por los asados es indescriptible.

Era un cuadro sublime ver a Sarah Bernhardt —cubierta con una manta regia de pieles de lobo con botonadura de piezas de marfil de diez centímetros, esculpidas en diversas formas indianas: tigres, palmas, camellos, elefantes, chinos—, interrogando a los paisanos de chiripá, que, con natural agasajo, mostraban sus deseos dignos de reconocimiento, de atender lo mejor posible a aquella figura atrayente y dominadora.

En la mesa, sentada entre don Marcelino y *Tax,* hizo prodigios de espiritualidad.

Todos pronunciaron brindis en francés a favor de don Marcelino, y *Tax* los traducía.

—*Ce monsieur est-il riche?*

—*Il a des millions.*

—*Mais naturellement! Je le connais au café qu'il prend, qu'il est riche.*

—*3.000 vaches et 20.000 moutons...*

—*Oooooh!!!...*

A pesar de las dificultades del trayecto, que pasaron sin advertencia por el estado del ánimo y la influencia del día tan claro y tan bello, Madame Sarah Bernhardt suponía que nuestros caminos son como la *voirie* en Francia.

—*A dix heures du soir nous partiron pour Florida!*

Ahora, señor Tax, voy a hablar a Ud. muy formalmente: —*Je veux un drame. Je le traduirai pour mon théâtre à Paris.*

—*Madame...*

—*Ne discutez pas; vous êtes bien capable de le faire avec un grand succès.*

—*Enfin... je demanderai protection au ciel... et vous l'aurez... en deux actes.*

La noche tranquila y ese fantaseo del viajero que en las sombras cree ver todo lo que desea y adora, hicieron aquella travesía inolvidable bajo el sonido de la voz celeste de Sarah, dejando perder en los espacios de nuestros campos incultos frases dignas de ser recogidas prolijamente por el criterio más sobresaliente entre los *habitués* de *Bignon Foy.*

Un retrato con margen blanco amplio, fue la síntesis de una simpatía intelectual, romántica y caballeresca, entre *Sarah* y *Tax.* *"Souvenir d'une journée adorable passée en sa compagnie, d'une querelle de chasseurs, et d'une promesse d'un chef d'œuvre —Sarah Bernhardt— 1893".*

Tax mandó su retrato con esta explicación:

"Dans ce portrait je suis immobile comme sous l'influence d'un être aperçu subitement qui émeut et éblouit".

Samuel Blixen

Dalmiro Costa

Si alguna vez he podido felicitarme de no conocer suficientemente la tecnología musical, ha sido al tomar la pluma para escribir sobre Dalmiro Costa. Esto, que a primera vista parece una gran paradoja, tiene sin embargo su satisfactoria explicación. Nuestro músico es, en su arte, lo que ayer se llamaba sencillamente un original, y lo que hoy, con más pedantería, se denomina científicamente un *desequilibrado.* En ese reino tan pacífico de la música, que ve casi siempre acatadas sin protesta las leyes que fijaron los clásicos, es, en su esfera, un turbulento como Berlioz y un revolucionario como Wagner. Tiene la rara fortuna de ser una individualidad independiente: no somete sus composiciones sino al propio criterio; aunque no lo diga, se ríe de las reglas cuando no están de acuerdo con su música, y no reconoce otro yugo que el de su originalísima inspiración, ni más ley que la de sus caprichos. Esto, que para mí es una cualidad, es tal vez un pecado para el músico sabio, para el crítico que tiene en la punta de los dedos las leyes todas de la armonía y de la composición, para el *virtuoso* que no concibe la frase melódica fuera de la tradición clásica de Mozart o de Paisiello. Si ellos juzgaran, la música de Dalmiro sería condenada por las cualidades mismas que constituyen su belleza sorprendente, por las rebeliones del genio, apreciadas conforme al criterio mezquino de las reglas, quedarían tal vez reducidas para los doctos a la triste condición de barbarismos musicales. ¿No es preferible ser lego, con tal de no caer en semejante absurdo? Condenar las composiciones admirables de Dalmiro a causa de los errores de factura que puedan contener, ¿no es casi tan ridículo como argumentar contra una obra maestra literaria, tomando por base el *lapsus calami* ortográfico que por casualidad se encuentra en el manuscrito?

Por otra parte, no es con arreglo a los principios musicales que debe hacerse el proceso crítico de Dalmiro Costa. Si es, como dicen, un rebelde alzado contra la tradición aceptada, el hecho mismo de su rebeldía lo coloca fuera de la ley común. Quien lo juzgue, debe hacerlo conforme a un criterio especialísimo, que sólo puede tener por razonable base la doble originalidad de la vida y de la obra de nuestro compositor. ¿Cómo aplicar el cartabón con que medimos diariamente a los compositores de pacotilla —que la vorágine de la moda suele sacar por un solo instante a la superficie—, para valorar la talla de un talento extraordinario, que tuvo desde la infancia una de esas milagrosas revelaciones de que se vale a veces

la Naturaleza para anunciar de antemano la ruta que han de seguir sus hijos predilectos? Ciertos actos inconscientes de la primera edad del hombre, pueden indicar, con rara elocuencia, tanto la índole de su futura personalidad, como el carácter de sus ocultos destinos. Apenas Baco aprendió a caminar, cuando, según la mitología, buscaba ya los dulces racimos silvestres, con cuyo yugo se embadurnaba todo, después de saciarse; Aníbal, robado de su cuna por un águila que le arrebató en los aires, supo morder con terrible furia el pescuezo de su enemigo, hasta que llegó a dominarlo quitándole la vida; y el niño Aquiles, en el regazo de su nodriza, ya batía palmas en señal de contento a la vista de una espada. Todas estas leyendas serán tal vez más poéticas, pero no más elocuentes que una anécdota recogida por el ilustre Alberdi, referente a un niño de dos años de edad a quien su madre asombrada encontró un día gravemente sentado al piano, tomando posesión del instrumento con sus débiles manos y arrancando al teclado acordes tan armónicos como perfectos. Ese niño prodigio era Dalmiro Costa, ante cuya extraña precocidad musical palidece cuanto de extraordinario se cuenta respecto a la juventud del divino Mozart.

Ha pasado más de medio siglo desde que tuvo lugar el milagro relatado por Alberdi, y que significaba toda una predestinación para quien luego ha sido el gran compositor, único en su originalidad, a quien no se le ha negado jamás en el Río de la Plata ni la admiración ni el aplauso. Las facultades de Dalmiro crecieron y se desarrollaron en medio de una independencia casi salvaje: felizmente para él, no tuvo maestros que pusieran freno a su inspiración, ni reatos a sus grandes osadías. Su genio puede compararse a una de esas plantas selváticas de los trópicos, que extienden sus ramas en la dirección que más les place, sin que la mano del arboricultor venga a podarlas cuando se ostentan más frondosas, ni a adulterar su poderosa savia con ajenos injertos. Esa planta libre no es tal vez tan pulcra como las que se cuidan con todo esmero en los invernáculos; no tiene el tronco uniforme recto, ni las hojas limpias, ni la copa redondeada; pero, en cambio, posee penetrante aroma en sus vívidas flores y delicioso sabor en sus frutos agridulces. La inspiración de Dalmiro será tal vez incorrecta, pero tiene su aroma especial (si me es permitida la metáfora) en el sentimiento poético, y su sabor de originalidad, entre dulce y amargo, en la eterna melancolía de que está impregnada.

No hay música que contenga estas dos cualidades en mayor grado que la de Dalmiro, ése es precisamente el secreto de su éxito extraordinario. Habrá quien discuta la corrección de *Nubes que pasan;* pero, de seguro, no hay quien ponga en duda su belleza. En la obra más desaliñada de nuestro compositor hay siempre una melodía que encanta, que fascina, que subyuga; no hay temperamento humano. por linfático que sea, que no se impresione, se estremezca y vibre cuando Dalmiro recorre el teclado como un poseído, y parece infundir al instrumento, no sólo su potente nerviosidad, sino hasta el hálito mismo de su inspiración y los arrebatos de su alma de artista. La aspiración de Schumann: —"Melodías! ¡Melodías bien francas y bien nuevas!"— se ve realizada por completo en la música de Dalmiro; pues sus frases geniales asombran por la novedad y encantan por su espontánea delicadeza. Al oírlas, se puede afirmar con Víctor Hugo, "que el sabio pregunta: ¿cómo? y el pensador: ¿por qué?" Si es cierto, como lo sostiene la estética contemporánea, que la obra hermosa es aquella que produce una emoción intelectual profunda y compleja, no existe nada más artístico que las obras de Dalmiro, aunque rabien todos los preceptistas habidos y por haber. La misión de la melodía es impresionar el alma

deleitando el oído: la de Dalmiro llena, como ninguna, esas dos condiciones. —"Tiene defectos"—, exclaman los intransigentes. —"¿Dónde están?"— pregunto yo. El arte ha roto, en todas sus manifestaciones, el molde de las antiguas reglas: en música son admitidas hasta las disonancias; es decir, la negación misma de la armonía, como en literatura se aceptan las malas palabras, cuando son necesarias para producir un efecto. La frase se ha desligado por completo del compás, y ya no hay para ella ni giros forzosos ni ritmos obligatorios. De un siglo a esta parte, la música ha sufrido la misma evolución que la literatura, dejando gradualmente de ser un arte aristocrático (Berlioz participó de este error), para convertirse en una fuerza esencialmente democrática. Ayer sólo los *virtuosos* comprendían a Bach, como los pedantes a La Harpe, porque la música y la literatura tenían por única misión deleitar a ciertas inteligencias preparadas, mientras que hoy hablan a todos los corazones por medio de los sentimientos que provocan. La melodía, como el verso, no tiene ya un interés restringido: tiene *un interés humano* general, absoluto. desde que trata, no sólo de agradar, sino también de conmover. Por eso pregunto: en la música que hace una y otra cosa ¿puede haber errores? ¿Puede haber faltas en las composiciones de Dalmiro, tan *emocionales* y por lo mismo tan humanas? ¿No realizan por completo el ideal del arte: hablar al alma?

Si la música fuera, como decía Mme. de Staël, una simple "arquitectura de sonidos", comprendería los errores de construcción, traducidos en falta de solidez y de belleza en la frase. Pero sostener que el arte divino nace de la metódica y ordenada disposición de las notas en el pentagrama, me parece algo tan absurdo, como la teoría de Apuleyo en su "Tratado sobre la Filosofía de Platón", que atribuye el origen de la tierra a la combinación de triángulos rectángulos, y el del aire y el fuego a la de triángulos escalenos. ¡Por Dios! ¡No son las reglas, no son los preceptos, no son las notas sometidas a un sistema, lo que constituye el encanto y a la vez esa misteriosa fascinación de la música, que hace sentir, que enseña a amar y hasta obliga a creer! *C'est la musique qui m'a fait croire en Dieu,* ha dicho de Musset, constatando el hecho, ¡y eso que nunca oyó a Dalmiro Costa! Pero no se refería, seguramente, a esa música nacida de una penosa y paciente elaboración, en que todas las formas han sido escrupulosamente respetadas y en que despunta la sumisión a las máximas sacramentales hasta en los detalles ínfimos. Esa puede ser admirable sólo para los que aprecian las cosas con el criterio especialísimo de aquel buen pedante que exclamaba: —"¡Qué obra portentosa la Naturaleza! ¡Pensar que hasta la menor de las cosas que la componen tiene su correspondiente nombre en latín!..." Plagiando esta ocurrencia se podría decir de la música industrial: —"¡Qué cosa tan bella¡ !Pensar que cada uno de sus detalles tiene su nombre especial ya previsto y consagrado en los textos!

Hay quienes sostienen que a Dalmiro le falta un poco de estudio. Tal vez tengan razón; pero la cosa es ya irremediable. Es mucho discípulo para cualquier maestro. Nadie se atrevería a enseñarle el procedimiento para escribir buena música, de miedo que le conteste ingenuamente, como Mr. Jourdain al profesor que le enseñaba lo que era hablar en prosa: —"¡Y yo que, sin saberlo, no he hecho sino eso toda mi vida!" Porque Dalmiro tiene, ante todo, el instinto de su arte: conoce la belleza, y sólo a ella rinde culto. Casi me atrevo a afirmar que Dalmiro es un clásico, si se considera tal a quien posee la manera primitiva, amplia y generosa de interpretar la melodía sin forzar sus giros, agotar sus recursos ni afearla

con cargazones inútiles. Como Mozart, como Haydn, es el amante de su propia musa, y por eso la acaricia, la mima, la envuelve en halagos. No conoce los arrebatos histéricos de algunos autores contemporáneos, quienes, en el paroxismo de sus brutales amores, llegan hasta vapulear la melodía que adoran y a atormentar la inspiración que baja del cielo para besarles en la frente. Tal vez a eso se debe el encanto especial de esas notas que respiran voluptuosidad, sentimiento y ternura; de esas frases exquisitas que Dalmiro prodiga con tanta largueza, como un hombre que teniendo llenos los bolsillos de pedrería, encontrara placer en hundir en ellos las manos y arrojar a los aires puñados de esmeraldas, de rubíes, de zafiros y de brillantes, por el solo deleite de admirar la combinación de sus fulgores, al resplandecer las facetas heridas por el sol, como los brilladores matices de un fuego de artificio. No agota, como tantos otros, el tema que urge en su imaginación; no le exprime el jugo hasta secarlo, ni lo manosea hasta la saciedad, ni lo martiriza para darle variadas formas, porque siempre está seguro de encontrar la nueva melodía que ha menester en el fondo de su inspiración, como el héroe de aquel cuento de Andersen, que siempre encontraba un doblón de oro en el fondo de la bolsa encantada. A veces no desarrolla el tema hasta los últimos límites, porque se interpone una nueva idea que lo aparta de la primitiva corriente melódica... y que le impide ser un compositor consumado. Pero eso ¡qué importa! Nadie más perfecto que Sebastián Bach, y con toda su perfección suele hacer dormir. Por el contrario la música de Dalmiro (que tal vez —¡oh vergüenza!— no sabe hacer una *fuga* con arreglo a los preceptos) tiene el mérito raro de no aburrir nunca, de despertar en el alma los sentimientos que suelen apagarse en la lucha diaria por la existencia. Más que un conjunto de melodías, es un bálsamo para los corazones dolientes, un rocío vivificante para los espíritus hastiados. Por eso será siempre acogida con simpatías por los que sufren y los que piensan, y mientras haya en el mundo quienes sepan apreciar en cuanto vale como elemento de arte ese claro oscuro de las almas enfermas que se llama melancolía, vivirá *La Pecadora* en el cariño de los hombres. *"Verba, vitae aeternae habes"*, dijo Juan a Jesús. Si hubiera oído a Costa, habría añadido que también la nota, como la palabra, tiene asegurada la vida eterna.

Para la música de Dalmiro no existe sino un intérprete posible: el mismo Dalmiro. En él las facultades del ejecutante son el complemento indispensable a las del compositor. La extraña originalidad de sus melodías exige, para triunfar de los oídos rebeldes, el auxilio de una ejecución especialísima, no tanto por su brillo y por su potencia, como por la expresión y el sentimiento. Sin embargo, no pecan por su sencillez, ni *Fosforescencias*, ni *Nubes que pasan*, y si yo fuera un *virtuoso*, tal vez encontraría tema en sus múltiples dificultades para un curioso e interesante estudio sobre el mecanismo especial de Dalmiro, por el estilo de los que el barón Ernouf ha consagrado a los más notables pianistas de Europa. Podría explicar entonces cómo abrillanta nuestro compositor sus propias obras por medio de caprichosos arpegios, de escalas cromáticas y de extrañas combinaciones de notas sueltas, vistiendo, por decirlo así, sus frases más melancólicas, con un alegre repiqueteo de cascabeles, y hallando en ese contraste original, los mismos poderosos efectos que Bizet y Delibes. Pero no soy músico: debo, por tanto, renunciar a hacer la autopsia del método *dalmiriano*, y a dar con la razón científica de su variedad en la melodía y en los ritmos, de sus audaces combinaciones y de sus curiosas transiciones armónicas. Observaré, sin embargo, que el piano se transforma a tal

punto cuando las manos de Dalmiro Costa emprenden sobre el teclado un verdadero *steeple chasse,* a saltos nerviosos y desiguales, que más que un instrumento parece toda una orquesta, rindiendo efectos asombrosos, como jamás pulsación humana ha conseguido arrancar a metálicas cuerdas. Y es que D lmiro ha inventado procedimientos especiales para prolongar la vibración de las notas, consiguiendo, al acariciar las teclas en un arrastre rápido, fundir varios sonidos distintos en un mismo movimiento, e imitar con ellos las cadencias ligadas de los violines; usa también con frecuencia del cruzamiento de la manos, y en su estilo especial, la izquierda desempeña un papel tanto o más importante que la derecha; resbala sobre el teclado con rara perfección, y dominando por completo ese dificilísimo procedimiento, consigue resultados que el mismo Rubinstein le envidiaría. Pero donde descuella Dalmiro como ejecutante, es en los acompañamientos, que tanto emplea, de octavas salteadas o repetidas con la izquierda, y en la combinación de esas octavas con décimas y undécimas, que, según lo ha observado un notable crítico, producen en el piano el mismo efecto que el violoncelo sostenido por un contrabajo. Sólo Chopin, a quien la naturaleza concedió manos excepcionales, poseyó anteriormente esa especialidad que ha constituido el secreto de sus mayores éxitos de pianista, como solo Schumann ha podido alcanzar a la gran proeza de Dalmiro, que consiste en improvisar, desarrollando y combinando a un mismo tiempo dos ritmos completamente distintos y ajenos el uno al otro.

Sin embargo, no son éstas las mayores dificultades de interpretación en *La Pecadora* o en *Nubes que pasan.* No es la gimnástica de ejecución lo que arredra en ellas, sino la casi imposibilidad de dar a sus ricas melodías la expresión exacta, el colorido conveniente. Dalmiro compone soñando, y ejecutar una obra suya es nada menos que interpretar un sueño, una informe visión de fantasía excitada, sin fijos contornos, sin una sola línea precisa, Para comprender, o mejor dicho, para adivinar una idea de Dalmiro es forzoso poseer, ante todo, un temperamento que vibre al unísono con el suyo, algo de romanticismo en los sentimientos, y una chispa de poesía en la imaginación. Es fácil, así en pintura como en música, apreciar los toques vigorosos, los trazos enérgicos, las audacias de color o de sonido; lo difícil es darse cuenta de las medias tintas, de los matices inciertos y de los efectos de claro oscuro, que tanto en la tela como en el pentagrama, significan la perfección del arte. Dalmiro, que ante todo escribe para sí mismo, y en segundo término para los inteligentes, no ha sacrificado nunca su delicada inspiración al gusto de la moda, y ha conservado en todas las fases de la evolución de su genio, la forma primitiva y exclusivamente personal de sus producciones; esa forma un tanto indecisa y vaga que parece flotar en un nimbo de melancolía y de tristeza, como esas ondinas diáfanas que, según las leyendas, se agitan inciertas en la blanca niebla desprendida de la superficie de los lagos, y bañan sus formas trémulas y casi transparentes, en el cándido y sereno resplandor de la pálida luna. Para percibir en esa artística incertidumbre de la forma la idea que se agita y se baña voluptuosamente en los efluvios del genio, sostengo que es necesario ser algo *dalmiro,* y para interpretarla regularmente, el *Sosías* intelectual y moral de nuestro músico poeta. Y como esto es algo difícil, resulta que él es el único que sabe interpretar sus obras. Hay que verlo, cuando se sienta al piano, cómo recorre el teclado con mano nerviosa y segura a la vez, despertando los sonidos que duermen en las cuerdas quietas, por medio de rápidos acordes, que hacen vibrar al

instrumento con los estremecimientos de la vida. Entonces Dalmiro empieza, y poco a poco se abstrae, se aleja de la tierra, se remonta lejos, muy lejos, arriba, muy arriba, hasta esa región en que le es dado al genio vislumbrar los resplandores de la belleza absoluta y eterna. Sumido en éxtasis, con la mirada perdida en el espacio y la frente acariciada por el ángel de la inspiración que la roza con sus alas, Dalmiro inicia la melodía, lentamente, desflorando apenas las teclas, acercando el oído a la caja del piano, para percibir las notas que responden como un eco. En ese momento Dalmiro tiene concentrada toda su alma en la punta de los dedos: *Sedem animae in extremis digit habet,* como dijo el clásico, y perdóneseme esta nueva cita en gracia a su oportunidad.

Mientras tanto la melodía se acentúa y se expande. Cada vez más absorto, el músico evoca las visiones de sus sueños, que obedientes al conjunto parecen surgir en turbulenta confusión de las entrañas del piano, unas gayas, otras tristes, unas risueñas, otras melancólicas. Dalmiro las ve en torno suyo, las siente bullir a su lado, contempla cómo se alejan o se acercan, haciéndose tangibles o desvaneciéndose en una especie de nimbo crespuscular. Entonces sucede algo extraño: el músico comienza a conversar con sus propios recuerdos, esos melancólicos espectros evocados de la tumba de las cosas muertas. La cuerda gime, el piano solloza, la melodía parece sollozar tiernamente. Es como una explosión de dolor y de cariño por el pasado, ese pedazo de la propia vida que uno deja a la espalda a medida que avanza hacia la eterna noche en que todos se aduermen. La nota expresa un pesar: temblorosa, se desvanece en un suspiro, y al morir deja tras sí un eco delicioso suspendido en los aires... Bruscamente, sin transición prevista, cambia el giro de la melodía, porque, en la imaginación de Dalmiro, como en una linterna mágica perfeccionada, las visiones se alternan rápidas. Las manos arrancan a las teclas fragores de tempestad, redobles de truenos lejanos, mugidos de huracán colérico, y de ese estruendo surge, lleno de emoción, el canto del marinero que entona un piadoso *Ave María.* Pero la furia de la borrasca concluye poco a poco, y sólo se oye de vez en cuando el manso ruido de lluvia de las últimas *Nubes que pasan*... La melodía cambia otra y otra vez, y en medio del silencio de una noche de estío callada y serena, una hermosa voz varonil entona, debajo de unos balcones misteriosamente ocultos en la sombra, la eterna estrofa del amor; o bien se oye a lo lejos la alegre barcarola, que como una blanca gaviota vuela por encima de las azules aguas del *Adriático,* rozando la cresta espumosa de las olas mansas; o bien se escucha el lamento de desesperación, el amargo sollozo de la *Pecadora Arrepentida,* a solas con sus remordimientos, en esa hora lúgubre en que las tinieblas parecen aplastarse sobre la tierra y sobre las almas; ¡hora que aprovechan los fuegos fatuos para huir de los sepulcros y encenderse en los aires con lívidas pero graciosas *Fosforescencias!*

Basta. No acabaría nunca si hubiera de relatar cuántas cosas me ha contado y me ha hecho ver Dalmiro por medio del piano. Quien tenga curiosidad por conocerlas, puede pedirle que se las repita, sin temor de causarle molestia ni contrariedad algunas. Lo que quiere Dalmiro son pretextos para probar a los incrédulos que el piano es un instrumento capaz de sentir y de pensar, y dotado además de la facultad de decir lo que siente y piensa. Artista hasta la médula de los huesos, considera al arte como su grande y hermoso amor sobre la tierra, y se consagra por completo a su culto. El sí que podría exclamar, con más razón y con más sinceridad que Schumann: *¡La música es el alimento de mi vida!*

Roberto de las Carreras

Sueño de Oriente

A mi íntimo amigo

ARTURO SANTA-ANNA

Te dedico este libro. Aunque insistas en que los personajes son forjados por mí, te aseguro que existen realmente. En otro país mi éxito sería inmenso. La protagonista de mi obra vendría a llamar a mi puerta! No sucederá así: tú sabes bien qué miserable vida galante es la nuestra —tú que, desengañado, piensas casarte... para ser, seguramente, un amante disfrazado de marido...!

R. de las Carreras

I

LA ESCENA ES EN LOS POCITOS

LAS mujeres de Montevideo, apenas casadas, se hinchan, revientan las líneas, descomponen las formas de su cuerpo. Y parecen tan complacidas, su mirada es tan dulce, que no se puede menos que suponerlas echadas de una lujuria suculenta, repletas de un gozar glotón que las engorda. Forzadas a una preñez constante, que parece como que contagia de su obesidad el mismo vientre exaltado de los maridos, la admiten y sobrellevan entendiendo que es así la marcha natural del matrimonio, ajenas de protesta, como mi hermosa perra inglesa, cuyo vientre han desproporcionado agudas y repetidas sensaciones de delicia. Fuera de los animales es su modelo la villana de aldea que, con un hijo en brazos, otro bajo el diafragma, otro en una cuna, otro revolcándose en el suelo, exhibe cínicamente la maternidad en su forma repulsiva y grotesca. Trastornada la cintura, iguala en amplitud a las caderas, que han perdido su nerviosidad excitante y aparecen aplastadas e informes como sacos; los senos, cansados de dar leche, abrumados, destruida la trabazón contráctil de su tejido adiposo, se desparraman, caen hacia el vientre, sin que baste a erguirlos el amplio corsé que los contiene, y del cual desbordan, ampulosos y fláccidos, como esos senos que las etíopes arrojan a su espalda; los brazos y muslos, también enormes y desorganizados; el vientre, rugoso y torturado por los partos difíciles, sacado para siempre de quicio. Esponjosa, como batida, la casada tiene en su cuerpo todo un bamboleo flojizo... El marido chapalea en un montón de carne blanda...!

Escapa a esa abyección de las formas en medio de las mujeres socialmente entregadas al vicio de la reproducción, la elegante Lisette d'Armanville. La llamaré así, ya que por el prejuicio local que impide que confesemos nuestro amor a las casadas, no me es permitido decir en voz alta el verdadero nombre de la mujer a quien codicio... Un nombre supuesto, creado por necesidades artísticas, más que designar a la persona debe bosquejarla: así, elijo para Lisette d'Armanville éste, que evoca a la vez la figura de una parisiense y de una duquesa... No intente el público descubrirla. Le sería imposible. Indelicadeza aparte, reflexione que se puede perder-

me para su simpatía... He tenido en Los Pocitos un sueño, del cual es protagonista la duquesa, y, con todo desinterés, invito a compartirlo al público, seguro de que, teniendo apretada entre los dientes la pipa del ocio, será discreto y se dejará llevar sonriendo con rufianería a las visiones...

Lisette d'Armanville, a pesar de un hijo por año dado a su marido en mis barbas, conserva fieramente su talle de señorita. Hay que convenir en que su cuerpo es obra del matrimonio; pero una obra que ella ha sabido corregir, encauzar, a la que no ha permitido el libre ensanche desordenado, sino la plenitud sabrosa... Renuncia, por presunción, a tratarse con casadas; deja su solidaridad con ellas para la noche... y se acompaña con jovencitas solteras. Las empobrece: no alcanzan el valor sugestivo de su busto, ni compiten con la inflexión ligera de la línea apenas curva de su vientre, conservado intacto; un vientre disimulado, ni llano ni protuberante, religiosamente estético, con declives que tientan la mano marcando el camino a la caricia, que exige ese palpar intenso que se hace por instinto de las redondeces, apretándolas, exprimiéndolas, llegando con exaltación a los senos después de recorrer el flanco con la palma encarnada. Se abandona luego la mano, leve, a divagaciones, a caprichos aventureros, a esas palmaditas canallescas con que gustamos el palpitar de las carnes...

Arqueadas sus caderas con briosa turgencia, rebotan bajo el corsé. Tienen a la vez exuberancia y firmeza. Como trazado lineal es imposible suponer contornos más puros y matemáticos, más delicada figura geométrica... No hay nada comparable en las arcadas de la Alhambra!... Parecen irregulares las cejas de los huríes!... Arrancando de la base del busto en dos curvas saltantes y simétricas, se expanden, henchidas y tensas, más voluptuosas que todos los senos!... Las aprieta vigorosamente la falda y ostentan con agresivo alarde, con procacidad e insidia, la redondez del contorno puesto al desnudo, mientras ondulan estremecidas con un movimiento apenas perceptible, a compás de la marcha... Aristocráticas, no consisten, como las caderas robustas comunes, en un desmesurado agrandamiento pornográfico que supedita groseramente el ancho de los hombros; se mantienen dentro de la armonía y proporción antiguas, que, sin quitarles nada de su graciosa concupiscencia, las coloca en el orden reducido de un erotismo selecto. Son el ejemplar único entre nosotros de caderas de pura raza. Si cultiváramos las artes plásticas, la Pintura y la Escultura las habrían hecho populares y notorias en todos los ámbitos de la civilización sensualista!...

En el paseo cotidiano, en sucesión ininterrumpida y monótona, pasan caderas; grupas de mujer mal conformadas y toscas, vestidas con faldas sin elegancia, de color subido; caderas de señorita desarrolladas prematuramente y con exceso, que el matrimonio relajará y devastará, entrándoles a saco; caderas obscenas de señora inutilizada; pobres caderas escurridas debajo de los vestidos, por las que se siente lástima; caderas anómalas, disformes, que recuerdan la elefantiasis y recargan el paso lento de la dueña con el portentoso volumen de su giba, destacadas en un redondo escabroso, pasto brutal del apetito; otras, pagadas de sí, a las cuales convendría desengañar; algunas, incipientes, caderitas núbiles y candorosas, obtienen de la severidad de mis confrontaciones una sonrisa con que deseo darles valor para que crezcan; caderas atrevidas, describen una circunferencia arrogante, y se malogran, totalmente planas, por su falta de *bombé;* caderas graciosas, extremadamente gruesas, que no se distinguen por la moralidad de sus líneas, se hacen perdonar por nuestro instinto crapuloso la profusión de sus carnes, a las que nos

volvemos con vergonzante indulgencia; las hay hasta hermosas, pero que se ignoran, echadas a andar maquinalmente, desprovistas de esa expresión indispensable, como en un rostro, en unas caderas. Tienen todas un tipo desbastado. Mal concluidas, se diría que han sido hechas en montón, como para un país de América!

Siguen su curso con su paso de peregrinación, regular y pausado, las lozanas y fornidas, las desenfadadas jamonas que quitan para sí el paso a las tímidas; las achatadas y oblongas, las enflaquecidas y mustias que me traen al recuerdo las aguas milagrosas de Lourdes, que aplacarían su histerismo, y de las que resurgirían tibias y lubrificadas!...

Aparecen las caderas de Lisette!... Las reconozco a la distancia!... Sigo con los ojos entre la multitud, hasta que se pierden, esas caderas que en mi insomnio profano!...

El talle de nuestras mujeres que presumen de mayor esbeltez, es corto y rígido, sin cambiar. No son flexibles, nietas de endurecidas mujeres de trabajo que amasaban el pan, ordeñaban las vacas en el corral y lavaban a orillas del arroyo bajo la cruel intemperie de las madrugadas de invierno o la llanura del sol, anquilosado el espinazo en las posturas encorvadas de la fagina... Desgarbadas, caminan mal, no se deslizan. Parece que el terreno accidentado influyera en la torpeza de sus movimientos, al revés de las italianas, de las francesas, cuyo andar es muelle, como si el suelo se hiciera elástico bajo su pie... Educada sin duda en el Sacré-Coeur, en el andar de Lisette no se nota el esfuerzo.

Sorprende la sangre azul de sus formas!... Hay una complicidad discreta entre ella y el deseo de quien la mira... El corsé de cintura deja suelto su seno alto, a la turca! Muestra en la desenvuelta vivacidad de su falda su vocación por la aventura!...

Vivo con la zozobra de que ese cuerpo pueda ser deformado. La fecundidad lo amenaza. Cuando tengo la visión terrorífica del fórceps haciendo estragos, concibo la idea calenturienta de sumergir sus entrañas de madre en el fuego de los corrosivos!...

Era una noche de moda en Los Pocitos. Se revolvía sobre el puente la multitud abigarrada de mujeres. Estaba Lisette. Unica elegante. Se le veía sentada junto a su marido con ese abandono de molicie del cuerpo de las queridas: una molicie que parte del corazón... Se le acercó a saludarla un grupo de señoritas. Se puso de pie. A su lado se alzó un hombre alto, seco, con el tipo de esos viajantes de comercio que se alojan en fondas de segundo orden. Sacudió los pantalones que al sentarse había arremangado. De un vago, pero seguro prognatismo, sus facciones carecen de grados de expresión: los ojos no dicen más que la boca, la cual, desencajada, parece que echara fuera las palabras en vez de pronunciarlas; la cabeza, pequeñísima; la piel, terrosa; momificados los cartílagos de la nariz, no se concibe que pudieran palpitar alguna vez de sensualidad o de cólera; los brazos, largos, tendidos, sueltos al azar. Un gorila.

Lisette tenía los labios teñidos de rojo, capricho oriental de duquesa! Yo observaba aquella pincelada de carmín vivo, exótico, como salido de las tintas calientes de un cuadro al óleo pintado sobre un motivo de Turquía; carmín que yo imaginaba llevado bajo la incandescencia blanca del sol, en las tierras donde los colores son supremos, por un mercader de Arabia, entre perfumes intensos, mezclados en la misma alforja al almizcle! Yo fantaseaba a Lisette en su casa, vestida con un resplandeciente traje de mora, bombachas, y en los diminutos pies de judía, pantuflas altas... parecida a Loti, en albornoz, en su camarín de abordo... Hacía y des-

hacía sobre su frente peinados raros; se la rodeaba, como las circasianas, con una diadema de medallitas... Se echaba en cojinetes de terciopelo, desnuda, sobre el pecho, como una gata rampante... Espejos a ras del suelo le devolvían cien veces la imagen de sus caprichosas actitudes, con las que superaba en secreto a las odaliscas, a las escondidas esclavas de serrallo que adormecen a los sultanes en sus mágicos brazos!... En el risueño desvarío de su imaginación mecida por las fábulas, oscilaba bajo sus pies el puente de los navíos y se sentía conducida en las literas de las reinas de Egipto... Su dueño era un pirata!... y la tenía escondida en una isla desierta, junto con el botín y las preseas y maravillosos productos de las tierras saqueadas, en fantásticas estancias repletas de oro, los tapices esplendorosos bajo las salpicadas pedrerías de trofeos de alfanjes...

Lisette me vio y me volvió la espalda. Miraba yo el busto; tenía delante la elasticidad comprimida del globo de sus caderas, y pensaba si me hacía un desaire, o si tal vez me volvía la espalda con una intención distinta, con alevosa y excitante perfidia!... La niña enferma doce veces corrompida de Vigny tiene de esos caprichos!...

Una de las señoritas, muy delgadas, recordaba con sus sacudidas y movimientos ágiles, las potrancas chicas. Otra, es un tipo moreno. Sus ojos, cejas y pestañas forman una espesura del tinte negro denso del carbón. Tiene un parecido con Lisette. Se habría dicho una hermana suya de otro lecho, la misma raza ennegrecida y dorada! Se le veía en los costados del rostro, en forma de una bruma ligerísima de pelo, como un espolvoreo del carbón de los ojos. Parecía robada a una tribu berberisca. Se me ocurría que un encantador árabe, dueño de fabulosas artes de lujuria, la había puesto desnuda a tostar en las arenas del desierto; había escondido debajo de su piel rayos de sol y alientos de siroco, y había hecho, para el capricho de un señor asiático, una mujer prodigiosamente amante, en cuya sangre tumultuosa hervían convulsivos deseos! Era una vorágine afrodisíaca! Al verla, bramaba en el Harem, azuzada, la impotencia de los Eunucos! En las horas mimosas de la siesta estaba tendida en el patio de mármol del Alcázar, acariciaba por el fresco rumor de los surtidores de las fuentes, bajo la claridad suave y difusa que desde lo alto de inaccesibles paredes verdes filtraban sobre sus formas perezosas los días muy azules y muy amarillos de la Persia!... En rescate de innúmeros cautivos o como presente, sello de paz y de alianza entre belicosos reyes, atravesaba comarcas sobre el lomo de los dromedarios cargadores de tesoros... Iba de Asia a Granada. Poetas y cortesanos la comparaban en la Alhambra a la Hurí negra que a los falsos creyentes del Profeta se aparece en el Horeb... La llamaban así sus compañeras caucásicas del serrallo, donde se la transportaba de los tapices de púrpura a las rodillas de su señor el Emir!... Seguía la suerte de los imperios! Muerto un poderoso califa a quien había amado, huía del Harem en medio de la sangre y del incendio de una sedición en Palacio!... Y era vendida como esclava en Constantinopla, entre las ofertas de un grupo de magnates de todos los países, que prometían por ella sus riquezas. Parecía, a los brillantes sátrapas en viaje y a los señores asirios, vulgar y pobre el montón de circasianas, dejado a un lado; y la rodeaban curiosos y ávidos ante el leonado oscuro de su piel, casi negra en los rincones chamuscados del cuerpo, en la aréola de los senos y bajo las órbitas de los ojos; deslumbrados ante el esplendor de la carne tensa y firme de los muslos, en la que los dedos perdían apoyo al querer pellizcarla; muslos de los que llenaba el ángulo, y

cubría el empeine, desparramándose sobre el vientre, un vellón compacto y crespo de pelo negro brillante, blando como un edredón y caliente como un nido de torcaces...

Lisette me volvía la espalda... y me eché a soñar detrás de sus espaldas... La abrazaba y le ponía en la nuca un beso y un quejido, sintiendo su cuerpo palpitar al contacto; le volvía el busto y atraía hacia mí su cabeza, que ella abandonaba con mezcla de languidez y resistencia, haciéndose risueñamente violentar, los ojos dorados en las órbitas, perdida su expresión, la boca dejada devorar!...

....

Mis besos rastreaban su cuerpo de manchones rojos. Me bañaba, crispado, en el vaho capitoso de su carne. Me penetraba, impregnándome, de su sudor! Dentro de su boca, en el húmedo fuego, revolvía y sorbía lascivia... Clavaba la mía, abierta, en el secreto de sensualidad estremecedora de los brazos, en la axila oscura, acre, sedosa y tibia!... Enloquecía su sensibilidad persiguiéndola, acosándola, con cariñosos mordiscos que la hacían encogerse, enervándola; serpenteaba electrizada bajo mi boca, huyéndome con sacudimientos descompuestos, erizada por espeluznos!...

Al fin estaba su mirada ensimismada y fija, deslumbrante, con el brillo de fiebre de la alucinación, y la boca, en los costados hundida, atormentada como por la sed!

Era la hora de la retirada. Lisette se despidió de sus amigas y se fue del brazo de su gorila!...

II

UNA AVENTURA FELIZ

El poeta a Lisette d'Armanville

La persona que lleva esta carta ignora la naturaleza de mi aturdido y apasionado mensaje. No puedo resistir al ansia de dirigirme a Ud. La quiero hace años! Y no tiene Ud. derecho a ofenderse más que con su propia belleza, que me ha inspirado este arranque!

No pido a Ud. más que una gracia: que se deje querer. Y para esto concédame estar detrás de la cortina de su balcón de tres a cuatro de la tarde. Hágame Ud. esa caridad de amor!

Le aseguro que no la importunaré más; que no le escribiré más, que no pasaré más frente a su casa. Le pido perdón si se cree ofendida, perdón sinceramente. Le repito el respeto de este desconocido... Le he escrito, le escribo a pesar mío, de mis escrúpulos, de mi resolución de no verla más y resignarme. Tenga la piedad de no acogerme mal... Pongo a sus pies una sensibilidad desamparada, y me haría llorar si tratara sin miramientos mi irreverencia. Invoco ante Ud. los derechos de la pasión! Es Ud. algo mío, puesto que yo la quiero... Y es imposible que desprecie la ofrenda de mi pensamiento sumiso de cada minuto, y pueda verme sin simpatía de su parte, devoto de sus gracias de mujer! Por favor, en retribución de tanto afecto, de tanta admiración, de tanto entusiasmo, pruébeme, por favor, señora, una vez sola, que no soy para Ud. el último de los seres antipáticos!

Vivo ansiosamente escrutando la cara de sus parientes para adivinar si ha mostrado mis cartas y se ha burlado de mí... Me parece que no, y se lo agradezco. Estaba seguro de que Ud., cien veces duquesa, no habría de exponerme al ridículo por el amor que

le tengo. Es demasiado hermosa para no explicarse que yo esté enloquecido... No puede odiarme. Me compadecerá...

Debo partir de Montevideo. En nombre de las caricias, de los juramentos; en nombre de los amantes todos, salga, como acostumbra, de dos a tres... Es una pequeña amabilidad que no le costará nada, que Ud. puede conceder sin comprometerse siquiera ante Ud. misma. Quién sabe cuándo volveré a verla! Escuche mi súplica. No extreme la severidad hasta el mal gusto!

Convénzase Ud. de que no hay nadie que aprecie como yo su talle cambrado, la proporción justa entre sus hombros y sus caderas, la aristocracia de su andar, el mimo de sus acariciamientos con su piel de abrigo.

Envío a Ud. el mejor fragmento de un libro mío, inédito, del cual es Ud. protagonista. Ud. verá por él, que, no pudiendo obtenerla en la realidad, llamo al sueño en mi ayuda... Es Ud. para mí, como uno de esos pleitos embrollados y difíciles que, si se ganan, son la riqueza, pero que entre tanto hacen vivir pobre... y desesperado!

Es imposible que Ud. reciba mis cartas en propia mano, sonriente, para mostrarlas... Sería una acción de mal gusto. Siendo Ud. quien es, no puede recibirlas sino por una razón distinguida, por simpatía... Luego, por qué se niega a concederme nada, a salir siquiera a su balcón? Por qué recibe mis cartas y me huye a la vez? Comprendo que lucha con su recato; pero, en amor, dar un poco es dar todo, y Ud. consiente que yo le escriba! Si no se hace ver en su balcón habrá cometido una contradicción inexplicable!

DE VUELTA DE UN VIAJE

No puedo estar lejos de Ud. Estando cerca, por lo menos puedo escribirle más fácilmente. Le escribo estremecido. Le pido que me conteste. No puedo más de esta incertidumbre.

Ud. ha recibido mis cartas después de decirle yo que no podía hacerlo sino por simpatía, con lo cual Ud. me ha confesado esa simpatía... Escribiéndome, no añadiría nada a la seguridad que yo ya tengo de haberla conmovido un poco... Las últimas veces que la he visto, su mirada me ha acogido mejor... Ha resistido Ud. bastante. Otro cualquiera, con menos pasión, habría sido desanimado. Ud. ha hecho todo lo posible por quitarme valor. No lo ha conseguido. Ríndase, pues! Piense que sólo siendo Ud. una extraña excepción de mujer, podría quedarme siempre en esa actitud de recibir pasivamente mis cartas. Es forzoso, es lógico que Ud. siga adelante. Esté segura de que yo haré lo imposible por llegar a Ud., que yo le hablaré y Ud. no podrá desairarme, puesto que no me ha desairado ya; le diré: la quiero! y Ud. no podrá contestarme que no, a menos que me confiese que me ha burlado... Si Ud. no me cede ahora, cederá más tarde. Esté segura de que cederá. Ud. debe fatalmente ceder. ¿A qué torturarme con un disimulo inútil? Piense en mis angustiosos insomnios! Ud. se arrepentirá de que yo haya sufrido tanto por amor suyo, de haberme tenido tan ansioso, tan sacudido por la angustia de que Ud. pueda burlarse miserablemente de mí. Piense que puede llegar a quererme, y después, en rigor, usted no puede dejar sin contestación las cartas de quien tiene por Ud. tanta estima. Ud. no tiene queja de mí. Para hacerle llegar mis cartas he usado de todos los medios de discreción posibles. Su nombre no ha salido de mi boca. Para contestarme no tiene Ud. más que escribir dos líneas sin firma y echar la carta a un buzón de la

calle. Para que su seguridad sea completa, desfigure, agrande, su letra. Aunque esa carta se extraviara, Ud. no sería comprometida en lo más mínimo. Escríbame, señora. ¿Qué más da recibir cartas de amor o contestarlas con un anónimo?

CONTESTACION DE LISETTE

Si se atreve Ud. a escribirme una sola letra más y a fastidiarme con sus asquerosas y estúpidas insinuaciones, se lo diré a mi marido para que le dé a Ud. el castigo que se merece.

Esta carta, escrita con un carácter infantil, muy cuidado, penoso, algunas letras separadas, hechas una a una, es mandada por Ella a El en forma de postdata puesta a su propia carta, que le es devuelta arrugada, en el fondo de un sobre grande.

REPLICA

Escrita en la misma carta devuelta, que El envía otra vez a Ella en un sobre abierto, en el temor de que la señora pueda devolverla cerrada después de abrirla al vapor de agua...

No hay ninguna razón para que Ud. me devuelva esta carta después de haber conservado nueve en su poder... Mejore Ud. el estilo y no haga las cosas fuera de tiempo...

A estas líneas, El adjunta la carta siguiente:

Comprendería su indiferencia si Ud. tuviera un marido inteligente y hermoso, pero en su caso su conducta no tiene explicación y de mi punto de vista europeo es enteramente ridícula. Conserve en buena hora su virtud montevideana. Me da Ud. lástima. Vaya un hombre el que ha elegido! Es un gorila. La cara de él puesta sobre la suya es la mejor venganza que yo puedo tener de su desdén!

P. D. — Si al recibir Ud. esta carta su marido no está en casa, le ruego se la haga ver a su vuelta.

Carta a Julio Herrera y Hobbes (exReissig)*

Querido Julio:

En nombre de Afrodita, te debo una explicación.

¡Qué anonadamiento el de tu espíritu, qué síncope fulminante de sorpresa, qué bramidos de indignación los tuyos, viéndome con el dogal al cuello, en la picota ignominiosa de los edictos matrimoniales, como cualquier pobre uruguayo que va a cumplir ceremoniosamente su misión prolífica en las cabañas de la sociedad!... No roce tu pensamiento que abrazo el fetichismo del matrimonio, que opto por el *cliché* de las convenciones medioevales, que cedo sojuzgado por el ambiente a los prejuicios de las imbéciles mayorías, que este país bacterio, milagro de ridiculez, ironía de nacionalidad, me avasalla triunfalmente; que me tritura la presión asfixiante del océano colectivo.

[1] Esta carta abierta se publicó en el periódico "*El Trabajo*", Año I, Nº 20, de 8 de octubre de 1901.

Se trata de una imposición fatal, abominable, de las circunstancias; de un escape fortuito por una encrucijada de cuchillas; de un acosamiento siberiano de jaurías de contrastes; de un desplome de crisis insolubles; de un apocalipsis de acreedores antropófagos, de Cerberos del agio, de Carontes y Procustos; de un sitio, por hambre, a mi trascendental fisiología!

Entro en explicaciones: una señorita, menor de edad, es mi amante, como tú no ignoras: una esclava de mi voluntad, una sugestionada sumisa de mi harem de Gran Visir. Se me aboca un dilema: "El juez, o el Buen Pastor"; una firma, a la que no doy valor alguno, o un tutor cesarino que invada mis prerrogativas de dueño de la Princesa. He optado, como anarquista, por redimir a mi amante de las garras zahareñas de la tiranía burguesa.

Mi presentación al Juez, mi contrato extrínseco, mi fórmula de sainete, mi carnestolenda, es una acción libertaria!

Después de haber paseado insolentemente mi conquista por la faz de la miserable aldea, después de haber atravesado como una puntada el corazón del villorrio, después que mi superioridad ha reído de estos evangelios hipócritas, de estos "babuinos emponzoñados" (tuyo) a quienes me complazco siempre en inquietar con mi florete, mi casamiento *legal* resulta la más cáustica, la más alevosa de las ironías.

Juego al *football* con la moral de los montevideanos, con los ídolos abracadábricos de los "trogloditas púdicos" (tuyo...).

Como anarquista, no reconozco el matrimonio, esa piltrafa del tiempo negro, este sofisma supersticioso, ese catafalco bíblico que hay que deshacer a patadas, en el que no veo otra cosa que un aquelarre burgués donde se compran mujeres.

Del mismo modo que el concúbito oficial no reconoce la unión cristiana, y los católicos viceversa, yo, quintaesencia del anarquismo, dinamita de rebelión, paradoja contra los imbéciles, doy un mentís descarado, abanico a bofetadas al aparejamiento civil, al concubinato legal, como lo llama Tolstoi.

Todo valor nomínico *es* sólo por su admisión, por el tercero que lo monetiza. El casamiento es un papel moneda que nada importa para nosotros.

La señorita, como menor de edad, no puede disponer de su fortuna heredada la cual a no *casarme,* vagaría sin rumbo, por mil entuertos, fakíricamente pulverizada en los trámites jurídicos.

Mi pereza de no ir hasta el Juzgado, mi resistencia a mojar la pluma, fuera, como se comprende, un abandono egoísta. Temer la crítica de los inocentes que no me admiran, que mi actitud diplomática de hombre experimentado se interprete como una contradicción suicida, como si desertase de mis trincheras anárquicas, fuera una puerilidad salvaje.

Empeñarse en resistir a fuerzas superiores, en ser un Pirro en esta época spenceriana, resultaría un encaprichamiento de damisela, un romanticismo ingenuo de apóstol de las catacumbas, de caballero de Jerusalem. Mi situación precaria se felicita, con un sarcasmo, con una mueca de Mefistófeles de este simulacro astuto; sonríe como un sátiro travieso a la austeridad de las togas.

¡No me caso! El movimiento mecánico de mi pluma no importa una conversión a la estulticia.

Mi primogénito real no será legitimado. Quiero que lleve, arrogante, la corona de la bastardía, que en El se admire la obra de arte del amor libre. Quiero que sea mi continuación galante, la eterna pesadilla de los montevideanos, mi protesta encarnada contra plebeyos y legisladores!

Espermatozoide rebelde, con aparatos nerviosos superiores, anudados de lóbulos geniales, será el eslabón soberbio de una raza de Caínes y Arístides, de Luteros y Dantones, de Nietzsches y Baudelaires!... ¡Será un Anacreonte de mi prosapia afrodisíaca!

Si yo lo legitimara, se negaría a creerme padre!

Con mi presentación al Juez no abato mi estandarte de libertino. Por el contrario, triunfo como estratego; aumentarán, es seguro, los censos de mis conquistas. En nuestra obra futura tú haces constar, tú pruebas que las mujeres de Montevideo, se entregan exclusivamente a los hombres de matrimonio...

Te recordaré tu frase. "Nuestras niñas se dan a los casados por un exceso de pudor. Conceptúan indecoroso, de muy poca delicadeza tales confianzas con un célibe que no constituye para ellas un hombre de respeto. Desconfían nuestras vírgenes, con perspicacia celeste de la discreción de los inconyugados. A la verdad, convengo que en materia de honra se hace indispensable mucho disimulo, una reserva de ministro!"

La noticia de mi presentación al Juez ha levantado una tromba de alegría entre los trilingües burgueses, reos de imbecilidad que enviaremos a la horca, en nuestra próxima catilinaria; cuyas fauces serán rellenadas por el polvo olímpico de nuestro carro de combate. ¡En esa obra colosal, hermética, lo único bueno que se haya escrito en el país hasta la fecha, cuyos ecos cavernosos atronarán las Españas, le pondremos la nación de sombrero a los estólidos uruguayos! Ella será la credencial gloriosa de nuestra psique revolucionaria, de nuestro valor único, de nuestra personalidad ungida por Minerva!

Yo, amante de nacimiento, hidrofobia de los maridos, duende de los hogares, enclaustrador de las cónyuges, sonámbulo de Lisette, me sujeto a tu dictamen, oh Lucifer de Lujuria, hermano mío por Byron, Parca fiera del País, obsesión de pecado, autopsista de una raza de charrúas disfrazados de Europeos. ¡Yo imploro tu absolución suprema, oh Pontífice del libertinaje!

Roberto de las Carreras

Toldería de Montevideo.

Máximo Torres

Marta Rivière

Soy introductor en Montevideo de los medallones de las muchachas y de las galeras de hule blanco para cocheros. Allá por 1883 fui yo quien inicié en nuestra prensa los medallones, que después han invadido sus columnas como esas alhajas alemanas, estilo modernista, que llenan las vidrieras de las joyerías a precios homeopáticos y cuyos similares pueden Uds. ver a la una de la tarde de los domingos en todos los trenes, colgados de las orejas del pecho y de los dedos de las sirvientas cosmopolitas que van de paseo con el primo campanudo.

Cuando mis medallones comenzaron a publicarse, hube de ser masacrado: era un crimen retratar a las muchachas, pero me perdonaron porque resultaba que todos eran preciosos y que tenían

atractivos que ni sus mamás habían descubierto y poco a poco el figurín tomó carta de ciudadanía. Hoy es moda nacional, algo así como la grosería para los mozos, el blanquete para las damas y las pretensiones políticas para el montón de audaces cuyo *pedigree* hay que buscar en los registros de tercera clase de los trasatlánticos o en el vaciadero de las imbecilidades humanas.

Mi pluma de medallones está enmohecida, pero cuando supe que *"Rojo y Blanco"* iba a publicar el retrato de Marta Rivière, he pedido la satisfacción de delinearla moralmente, con el mismo derecho con que cualquier derrotado de su propio cretinismo en las batallas de la vida pide una diputación o los que han nacido mentecatos le perdonan a Ud. no ser correligionarios.

Creo que ya es tiempo de que nuestros viejos no sean desagradables, con cara de Fierabrás, alimentándose de jugo bilioso y estampado en el semblante la huella de todas las barbaridades que constituyen la historia nacional después de 1830. Aspiro a que seamos como esos abuelos germánicos cuyos grabados vemos en las cervecerías. No comprendo la necesidad absoluta de ser viejo malo por el hecho de ser oriental. Por eso me gusta el perfume de las flores, me siento bien cuando la juventud sonríe y quiebra los cristales de sus carcajadas en el concierto de las cosas amables y por la misma razón quiero hacer la silueta de Marta, cuya gentil imagen podrán ustedes admirar en este número.

Marta Rivière es una distinguida señorita que acaba de hacer su presentación en el suntuoso baile de don Clodomiro de Arteaga —de corazón como un mundo a quien todos quieren— y la que ha entrado a la vida brillante de las ilusiones y de los sueños rosados por la portada granadina en que penetran las bellezas de derecho propio. Si una mujer de cara linda lleva su tarjeta de recomendación en el rostro, Marta tiene un montón de recomendaciones, todo un archivo, y se siente el deseo de decirla: *Señorita, déjeme hojear esas tarjetas...*

Pero con su hermosura física, con su gallardía femenil de mujercita convencida de que vale mucho y a quien espera una senda de flores por camino mundanal, compite la hermosura de su espíritu, su talento fino y sutil, su gracia andaluza, el riboreo de su inteligencia cultivada, que la hace descollar en todas partes y exclamar a quien la trata: *esta niña es adorable!* Ignoro si ustedes lo saben, pero yo lo sé: pululan por los salones muchachas que la crónica diaria presenta como encantadoras, capaces de enloquecer al más indiferente, encarnadas con todos los atavíos fantásticos de la admiración o de la adulación y cuando Ud las trata, cuando la escucha, cuando las examina en su mecanismo de cabezas de peluquería, si Ud. no suelta el llanto es porque no tiene lágrimas.

Conversar con Marta Rivière es como aspirar un ramo fragante: se encuentra en su *causerie* graciosa y serpentina todos los reflejos del ópalo: hay allí cerebro y corazón, savia de vida exhuberante, destellos de luz y una modestia coquetona, que es a no dudarlo uno de sus mejores atributos.

A su paso muchos desearán la transformación de Fausto, como otros chiquitos anhelarían tener la edad en que los muchachos *hacen caso.* Un día iba Marta por la calle y dos chiquitines de colegio cruzáronse en su camino. Uno de ellos la miró y con ansias de cosas ignoradas, díjole al otro: *mirá, si yo tuviera bigote y veinte mil pesos!*

Octubre 27 de 1901.

Delmira Agustini

Legión Etérea

Etérea, sí, celeste, es la delicada legión de personitas deliciosas con cuyo desfile nos proponemos encantar a nuestros lectores; celeste también es esta página, himno triunfal a la hermosura femenina; celeste, porque está dedicada a la belleza, regio destello de la divinidad; celeste, porque está dedicada a la mujer, encarnación sublime de la belleza!

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Es una criatura espléndida, su hermosura es la hermosura regia, suntuosa de la mujer de Oriente, de la sultana de cabellos áureos y abundantes, de cutis de ámbar y raso, de carnes ricas y mórbidas, de pupilas negras como la duda, hondas como el abismo, atrayentes como el misterio... Todo en ella es encantador, desde su vigoroso talento poético, hasta sus deliciosas extravagancias de niña ligeramente voluntariosa; y, pensar que tal vez hay personas lo bastante malignas para reprobárselas; ¡ignorantes! Quitad el fulgor a un astro y dejará de serlo; quitad el perfume a una rosa, y será algo así como un cadáver embalsamado, como una ánfora espléndida pero vacía; quitad a María Eugenia sus caprichos y dejará de ser María Eugenia. Como poetisa es ya muy conocida. Nuestro ambiente literario le rinde cumplido homenaje: en sus versos hay una fibra, una concepción de idea, que hace pensar en la robusta y alta imaginación de un primer poeta: las pasiones adquieren en su alma reflectora, no esa deliciosa inconsistencia, esa ligereza quebradiza de sentimientos, ese sonar de cristales que parece que se rompen, de la lira vibrada por las manos de una mujer, sino la rica vida de sabia atleta que junta el llanto de un dolor, como la exaltación insofocable de un amor inmenso como es, grande, vigoroso, como no se sueña en una mujer, como quizá no se espera de un hombre mismo.

Quien la vea pasar en un paseo de moda, con su andar cadencioso de voluptuosa cerebral, quien le observa "el decir" indolentemente armónico de toda su figura en una reunión de sociedad, en el teatro, en los conciertos, en los salones, quien se atreva a indagar lo que dicen sus tranquilos grandes ojos negros, piensa en que la naturaleza no se desmintió al darle un alma y un cerebro que sueña y crea por encima de su sexo. En nuestro humilde pensar, María Eugenia Vaz Ferreira ha tomado asiento ya en el Olimpo de los dioses.

El nuevo siglo se aproximaba lleno de promesas. Para Montevideo era llegado el tiempo de una provinciana "belle époque". Los textos de Teófilo Díaz, Roberto de las Carreras, Samuel Blixen son los testimonios regocijantes que nos guían en su comprensión.



Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Papel). Enero de 1969.